

josa de tener tres hijos y que solo a uno se le conociera por su apellido, a Manuel Quintanilla Ortega, el barbero. Al ciego le decían el Colgandero y a Francisco, Tachuela. La madre refunfuñaba pero no se enfadaba, conforme con las decisiones soberanas de nuestro lugar.

El sordo Encinas, tan sordo como el Mudo, pero de hablar y reír él sólo, sin dejar intervenir a nadie, ¡agárratel, porque lo tenías que dejar, ¡si te soltaba! El rubio de las Gregorianas, Pedro Arias el del Paseo, Sacramentos el Churrero, etc., el número es infinito.

Sitio muy propio de zapatería lo es el chaflán de las calles de Santa María y Príncipe. Donde estaba Nicolás Abengózar Casero por el siglo nuevo.

Merece mención especial la zapatería del Cojo de la Rochana, en el Arenal, seguramente la más alegre del pueblo. Su nombre José Logroño Sánchez Mateos. Orientada al mediodía, tenía una claridad mediterránea, como la carta aquella de Heliodoro.

La habitación era pequeña pero muy clara, con vidrieras a la calle y al patio, estrecho y largo, bien empedrado. El piso de la zapatería era de yeso. El Cojo tenía su asiento y la mesa a la derecha de la entrada y las hormas en el rincón del fondo, con varias sillas alrededor para los concurrentes, que eran numerosos y nunca faltaban desde

por la mañana temprano, porque allí se acogía a todo el mundo como en su casa o tal vez mejor, ya que nunca se molestaba y se disponía de todo como propio ¡Qué gente tan buena! ¡No es posible imaginárselo! ¡La Morena! ¡Verruga! Los tres mozos viejos. Y lo mismo los casados, Regino, etc.

Encima del sitio del maestro había un retrato de Costa, de los que traían los papeles, clavado en la pared con tachuelas. Era la admiración del Cojo y su parecido, porque aunque D. Joaquín era menos tullido, tenía el mismo torso y la misma testa que dieron a Costa el nombre de León de Graus, porque desde allí lanzaba los rugidos que retumbaban por todo el país. El Cojo no rugía, pero tenía una carcajada, tan franca y ruidosa, que se le oía una legua antes de llegar a su casa. Tenían ambos la misma actitud, de tronco enhiesto, impuesto por la debilidad de las piernas, pero sin barbas y mucho más colorado el Cojo.

En la zapatería se leía el periódico a diario, como en todas las del pueblo, partidarias por eso de los adelantos, pero allí ante una gran concurrencia, que tomaba el sol o la sombra desde dentro y escuchaba la lectura, entusiasmada de la galanura, pero un poco excéptica en cuanto a la veracidad de lo que se decía, que esa es la actitud alcazareña. Y otro detalle muy característico nuestro es que ese rincón progresista, como la esquina del Galgo, la de Raspilla y el Santo, fuera uno de los amparos sólidos de Estrella en días de lucha electoral y uno de sus estacionamientos diarios, cosa que dentro de la rusticidad habla muy alto en favor de nuestra comprensión y nobleza.

José, por lo mismo que no podía tenerse más que en pot ntisim as muletas, por lo pesado que estaba y por írsele las piernas como las de un peiele de trapo, le gustaba ir de caza, como a toda la familia, y se conformaba con ir de codornices con el señor Bernardo. Lo llevaban en un borrico rucio, como el día de la fiesta báquica de los zapateros, el 25 de octubre, San Crispín, y lo pasaba en grande y los demás con él porque se le oía reír desde El Mamello.

El espíritu dominante en las zapaterías era el progresivo y liberal, estimulado sobre